

EDITORIAL

## Un gobierno de ataduras recíprocas

Los socios de Sánchez son cómplices en el paso de este trance. Porque aunque quieran mirar los toros desde la barrera, su inacción les retrata. Y no ataja la angustia de la legislatura

El presidente Sánchez y su Ejecutivo reflejan un indisimulado alivio tras el pleno del miércoles sobre la corrupción. Su objetivo era salir vivos, después de semanas de zozobra y moral baja, y ante la incógnita de saber realmente cuál podía ser la respuesta de sus socios de investidura después de las declaraciones que habían dejado caer. Ciertamente no era previsible que los aliados del Gobierno se decantaran por poner fin a la legislatura, pero el resultado para los intereses de un Sánchez acorralado y su partido resultó más cómodo de lo esperado. También colaboraron arremetiendo contra el PP. La ministra portavoz Alegría afirmaba ayer que el plan con las medidas anticorrupción se aprobará lo antes posible, y consideró que deja al bloque de los socios de la investidura "renovado y fortalecido", así como al Gobierno de coalición. Sánchez es consciente de que su relación con los partidos que le apoyan es de atadura recíproca. Por eso tuvo la cautela de incluir entre sus pro-

### Un Sánchez débil es ideal para los intereses propios de sus aliados

puestas muchas de las ya sugeridas por los grupos en las últimas semanas. Y en el caso de sus socios, ninguno está interesado en acudir a unas elecciones en este contexto. Por la incógnita del resultado que podrían obtener, y porque saben que un Sánchez debilitado como está es ideal para poder seguir obteniendo claudicaciones que sacien sus intereses. Que el aliado más sólido de Sánchez sea Bildu, "nosotros no hemos venido aquí a intentar hundir esta Gobierno ni a finiquitar la legislatura", es una muestra más del apoyo que han encontrado los abertzales y los secesionistas en el líder socialista. Y el rédito indiscutible que tiene para su aberrante blanqueamiento y ensañaciones territoriales. El grupo de la investidura estiró el crédito de Sánchez en un calculado distanciamiento, más como una oportunidad para seguir defendiendo sus propios objetivos y para asegurarse de que Sánchez cumple los compromisos adquiridos. Los socios del presidente son cómplices en el paso de este trance. Porque aunque quieran mirar los toros desde la barrera, su inacción les retrata. Y no ataja la angustia de la legislatura.

## Huelga de villavesas

La huelga de villavesas ha reducido hasta el momento un 27% el número de viajeros durante estos días de las fiestas de San Fermín. Y el conflicto laboral parece, desafortunadamente, lejos de alcanzar un rápido final. El comité de empresa está estudiando no cumplir el 70% de servicios mínimos y la Mancomunidad ha anunciado que tiene ya preparado un laudo arbitral en el caso de que eso suceda. Más allá de las legítimas reivindicaciones y posturas que defiende cada una de las partes, es necesario que las negociaciones y las conversaciones se mantengan para poder cerrar cuanto antes un problema que tiene una importante afectación para los ciudadanos. Y más en estas fechas, en las que recurrir a las villavesas es un recurso habitual para quienes quieren desplazarse hasta el centro de Pamplona desde la periferia sin recurrir a los coches.

# Corrupción: se pontificó como nunca y se calló como siempre



Álvaro Miranda

El presidente Sánchez, asfixiado políticamente, dijo una frase-boomerang, muy criticada fari-saicamente por los voceros de izquierdas, en la que ciertamente tenía razón: "La corrupción cero no existe". La corrupción, bajo decenas de formas, ha existido desde tiempos inmemoriales; como mínimo, desde que las sociedades se convirtieron en entidades políticas. Pero es un error atribuir vida propia a "la corrupción", como un ente abstracto. Lo que ha existido desde siempre son los corruptos. Desgraciadamente siempre ha habido y siempre habrá corruptos; como hay y habrá maltratadores, ladrones y defraudadores. Lo que hay que intentar es acorralarlos.

En el ámbito público español, a la vista está, la corrupción es un mal endémico que no se ha resuelto ni de lejos. Basta recordar que en los 48 años de democracia, dos de los seis presidentes del Gobierno (no incluyen a Calvo Sotelo) han caído directa o indirectamente por corrupción: Rajoy y González; otro más, Aznar, tuvo la corrupción en su Consejo de Ministros (Matas) y un cuarto puede caer por la corrupción, con mucho más motivo: Sánchez. Y en Navarra, parecido: dos de los seis presidentes forales, Urralburu y Otano, sucumbieron en casos de corrupción, y la séptima y actual presidenta, ya veremos.

Volviendo, por el mo-

mento, al contexto nacional: si se demuestra que Koldo, una suerte de conserje de sueldo del Gobierno, presuntamente en connivencia con un ministro, Ábalos, y un secretario de Organización del partido gobernante, Cerdán, se pudo pasear durante años por los ministerios para invadirlos de podredumbre (no nos olvidemos tampoco de las mascarillas), comprobaremos hasta qué punto la Administración pública es permeable a la corrupción. En esos altos despachos no hubo ni la vergüenza de echarlo a patadas, ni la decencia para denunciarlo a él y a sus jefes... o sí. Dicho esto, conociendo la Administración pública, es totalmente imposible que Koldo campase a sus anchas por los ministerios y empresas públicas haciendo sus trapicheos sin que se supiese que había una poderosa trama (corrupta) tras él. Es decir, se sabía.

Cuando la corrupción político-económica toma como base de operaciones la Administración pública, se necesitan tres vértices inseparables: el político, la empresa y el funcionario. Los dos primeros son aborrecibles, pero son los promotores. De los tres, el único que tiene la verdadera llave de bloquear la corrupción es el funcionario público. Si no hubiese funcionarios cooperadores es imposible que hubiese corrupción. En la Administración solo puede haber co-

rrupción y tráfico económico con la intervención de uno o varios funcionarios. No hay corrupción pública sin adjudicaciones amañadas; no hay corrupción sin 'modificados' o certificaciones de obra o suministros inflados; o no hay corrupción sin planeamiento urbanístico espurio tramitado. Y para ello siempre se necesita uno o varios funcionarios que o se pliegan por amenazas o presiones del jefe político corrupto o, directamente, participen en la trama. En la Administración no hay corrupción sin firma.

La inmensa mayoría de funcionarios son honestos, no hay duda. A la vista está lo que está pasando en Navarra. Pero es tan grave el daño que unos pocos hacen al sistema que también hay que ir a la raíz de este problema. La defensa del bien público por el funcionario debería ser sagrada, inquebrantable e insaltable. Todos los privilegios de que disfruta la función pública, ya lo estableció Max Weber, son a cambio de eso, de su incorruptibilidad y su defensa del bien común frente a injerencias bastardas. Si no, para qué.

Viendo el panorama, puede asegurarse que no hay fórmulas mágicas para acabar con los corruptos originales (políticos y empresas). Pero el blindaje de la Administración y del funcionario sería la medida más eficaz. Quebrando ese hilo conductor, todo quedaría quebrado. Ese es el modelo de los países menos corruptos. En cambio, el *modus operandi* en casi toda la Administración pública española se basa justo en lo contrario. Los colocados por todos los partidos gobernantes permanecen y escurren como una miel viscosa en los niveles decisivos del sistema. En ese maremágnum de enchufes, colocaciones de amigos, tíos y amantes, junto con innumerables nombramientos a dedo sin control alguno, nunca se sabe cuál es el responsable o empleado público corrompible. Pero el corrompedor sí lo sabe. Ahí estaban Koldo, Ábalos y Cerdán, y alguno más, colocando los peones estratégicamente. Son muchos y variados los instrumentos para blindar la función pública frente a la corrupción. Algunos complejos, otros inmediatos. Pero todos pasan por lo mismo: sacar las manos políticas de la Administración pública. La cuestión, como siempre, es que la solución, es decir blindar la Administración, está en manos del problema, esto es, los partidos políticos que quieren tenerla invadida y dominada. Y así, corrupción *per secula seculorum*.

Álvaro Miranda Simavilla.

Ingeniero de Caminos y miembro del think tank Institución Futura.